

INTRODUCCIÓN

Dios nos ampare.—La tirilla y el léxico.—Ni del «Gallo» ni de nadie.—El libro de «Bombita», el de «Machaquito» y éste.—Los toreros y sus Memorias íntimas.—Profesión de fe.—Cómo se ha hecho este libro.—«Currito», Angel Pastor, yo y los que vengan detrás.

*Escribo porque es mi gusto,
Y en mi gusto nadie manda.
Escribo porque me da
La repajolera gana.*

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén, y Dios me coja confesado y me dé paciencia para oír las cosas que van á decirme por este atrevimiento mío de escribir unas páginas acerca de un torero que no es el otro. Pero, ¿qué quieren ustedes?, á mí la figura del *Gallo* me interesa extraordinariamente por lo que tiene de pintoresca y por lo que tiene de torero; y aunque Rafael no contase con otros méritos que este de ser torero y únicamente torero, sería más que sobrado título á la pública estima en estos tiempos de desolación en que los toreros ponen todo su empeño en olvidarse de lo que son y aparentar lo que no pueden ser, y se visten de señoritos... para parecer mozos de comedor.

Una tarde ó una noche, hace no sé cuánto tiempo, entró en el Club cordobés de la calle de Gondo-

mar, que preside aquel coloso que, retirado de los toros, considerado por todo Córdoba y disfrutando de la amistad de todo el mundo, nobles y plebeyos, no por lo que tuvo de gran torero, sino por lo que tiene de hombre honrado, de buen sentido y amante de su pueblo, no usa otra ropa que la airosa chaquetilla corta, pantalón entallado, camisa bordada y sombrero cordobés; una tarde ó una noche—digo—entró en el Club Guerrita un torerito muy compuesto. Pantalón acampanado, vuelto por abajo; americana larga, con más vuelo que un miriñaque; diez mil reales de puños saliendo por las bocamangas; corbata de última moda, con un nudo irreprochable, y un cuello alto, alto, de esos doblados, que tenía el pescuezo del amigo en el máximo de tensión y le apretaba y le segaba, no permitiendo paz ni descanso á la cabeza, en movimiento continuo, como para escapar de aquel tormento, ni á los dedos, que no cesaban de meterse entre tela y carne, procurando ensanchar el corbatín agarrotador.

Guerrita miraba al pollo entre indignado y burlón, sin decir palabra. Uno del corro, dirigiéndose al elegante, le preguntó:

—¿Cuándo os vais?

—Pues tendremos que *dirnos* mañana—contestó el figurín.

Y *Guerrita* saltó como una flecha:

—¿Con esa tirilla *dirnos*?

Bueno, pues la primera razón que tengo para que esta figura torera del *Gallo* me sea simpática es esa: que dice *dir* y no usa tirilla ni corbata, aunque sí una pecadora americana larga.

Después tengo otras razones para escribir estas cuartillas, algunas de las cuales quiero decir ahora y otras irán saliendo luego, porque no es cosa de

contarlo todo de una vez en la primera parrafada y quedarse luego sin conversación.

Para adelantarme á cualquier suspicacia y borrarla antes de que se apunte, me interesa consignar en primer término y declarar por centésima vez que no soy gallista. Ni del *Gallo* ni de nadie. No es una razón de partido la que me lleva á escribir este libro. Desde que, no hace mucho tiempo, empecé á escribir de esta vaga, amena y á poco más trascendental materia, vengo diciendo y probando que yo no pertenezco á ninguna de las agrupaciones taurinas conocidas.

Este no es un libro de alabanzas, sino de justicia. No es un himno al *Gallo*, sino unos apuntes para el estudio de esta figura interesante, en los que se cuenta todo: lo bueno y lo malo. En el curso de estas páginas se irá viendo esto, y no hablemos más de ello.

Yo tengo para escribir este libro una porción de razones. La primera de orden completamente económico, la de los billetes que por ello me ha dado la BIBLIOTECA RENACIMIENTO, editora de este libro, y nadie, absolutamente nadie más que la BIBLIOTECA RENACIMIENTO. Conviene también que conste. Existen muchos sujetos, aficionados á pasarse de listos, que ponen á todos los porqués una sola y absolutamente falsa contestación, y es bueno prevenirse contra ella. No es que la cosa, en semejante caso, sea ilícita, ni mucho menos, sino, sencillamente, que no la hay.

El *Gallo* no ha pedido directa ni indirectamente que se escriba este libro. La BIBLIOTECA RENACIMIENTO propónese, con muy buen acuerdo, dedicar algunos tomos á figuras y asuntos taurinos de interés, y ha encargado á varios tratadistas que le escriban unos estudios, biografías ó memorias de

determinados toreros. El señor Ródenas ha compuesto el libro de *Bombita*, de que tanto se ha hablado y se hablará; el libro de *Machaquito* debe de haberlo concluído, cuando estas líneas se publiquen, la brillante pluma de *Claridades*. Yo elegí el del *Gallo*, y emprendo este trabajo con mucho entusiasmo, al que deploro no corresponda la calidad de la obra.

Este entusiasmo no nace del que á mí me produce este torero singular en sus días buenos, sino de que yo soy, sobre todas las cosas, por temperamento y por vocación, periodista, y este es un trabajo de información periodística. Además, me gusta extraordinariamente este género literario de las Memorias íntimas que nos dan á conocer, al mismo tiempo que la psicología del protagonista, la de las personas y cosas que le rodean, su época, en fin, y concedo á estos escritos un valor de enseñanza, superior al que les presta su amenidad é interés novelesco, que tanto divierten al aburrido y curioso provinciano que todos llevamos dentro.

Estas son las principales razones, aparte las de aficionado, que tiene este periodista para escribir este modesto libro de reportaje. Cuando yo digo que no tengo más, basta. Y, en último término, para los que no lo quieran así,

Escribo porque es mi gusto,
Y en mi gusto nadie manda.
Escribo porque me da
La repajolera gana.

—Muy bien; ¿pero el *Gallo*?...

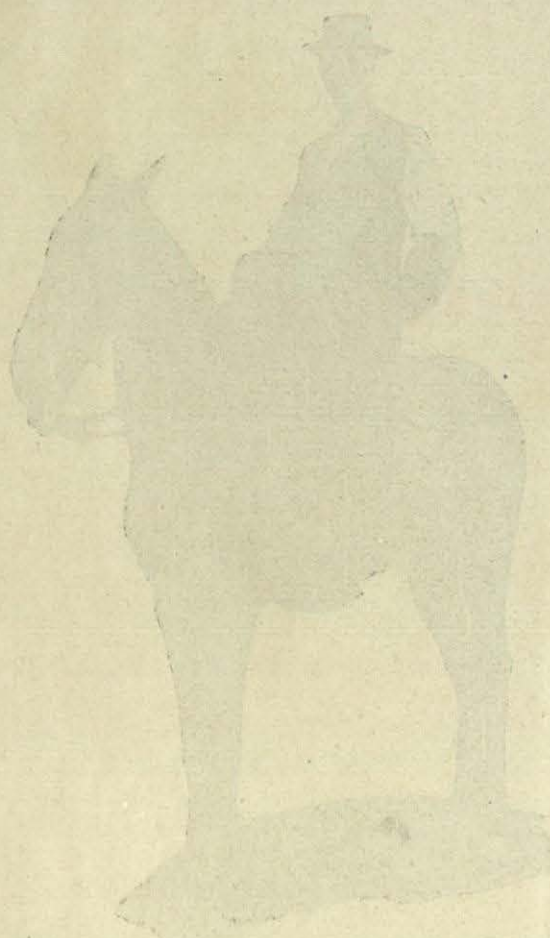
—¿El *Gallo*, qué?

—Pues, hombre, que ya tú ves... Un torero así... Hoy da un lance y mañana no da nada, y dentro



"Gallito,, paseando por el Bosque de Bolonia de vuelta de un acoso en el Cortijo del Cuarto de D. Eduardo Miura

(Fot. Dubois, Sevilla.)



de tres días da un pase, y *juye*, y es apático, y no quiere, y no mata y está muchas veces mal...

—Y las que va á estar. Pero, ¡alto ahí!, señor mío, que el *Gallo*, huyendo y haciendo cosas feas, y estando ahora bien, y luego mal, y después peor, y más tarde sublime, precisamente por todas estas cosas y esas desigualdades es un artista, como dije cierta vez, y se asustaron los que quisieron asustarse, y precisamente porque es un artista las hace. De todo esto vamos á hablar en este librito, que no diré yo que valga más que uno de papel de fumar.

Pero, vamos por partes. ¿Es el *Gallo* el único torero que tiene tardes malas? ¿No hay por ahí, y no se eche esta alusión á mala parte, quien lleva, cuando estas líneas se escriben, una temporada mediana de veras, digan lo que quieran los termómetros, y le seguimos poniendo en la más alta de las altas nubes, dejando en lugar secundario á *Machaquilo*, que á los diez años de estar haciendo el héroe todas las tardes, y cuando, no sé por qué conveniencias, se cantaba por ahí su agotamiento, viene un día y otro día, y otro día y está de valiente que asusta al miedo y mata más que la muerte?...

No pretendo yo, y tonto será quien lo crea, borrar la Historia de una plumada, ni tengo la loca pretensión de derribar ningún ídolo; pero digo que, reconociendo la justicia que hay para no tomar en cuenta una racha mala de quien tantas tuvo buenas, no me explico que no se aplique el mismo criterio á los demás. ¿Que el *Gallo* tiene tardes malas? ¡A ver, la fortuna de Rotschild para el valiente que me nombre un torero que no esté en igual caso! ¿Que son muchas?

¡Eal, caballeros: ahí están las faenas buenas del *Gallo* para ponerlas enfrente de las otras de igual calificación—y en ésta van todas esas de su-

perior, monumental, etc., que usamos para pasar el rato—. A ver quién puede más.

El *Gallo*, superior, y superior el que sea.

Así que hayan ustedes sumado, restado, multiplicado y dividido hasta encontrar las leguas que faltan para llegar á donde está Rafael Gómez, seguiremos hablando de esto.

(En la pelea, claro está, no entran los matadores de toros, que se están en el tendido con nosotros, aplaudiendo á *Gallito*... y á los otros.)

Si, pues, Rafael es por lo menos *uno*—uno entre los unos, por eso de las tardes malas, porque si no las tuviese y luciera siempre su arte de grande, de enorme torero, ¿quieren ustedes decirme la luz de cuántos soles, y cuántos microscopios necesitaríamos para descubrir á las demás *jorniguilas* invisibles?—siendo Rafael *uno*, ¿por que no se va á escribir de él?

Estas Memorias, estudio, biografía, información ó como haya que llamar á este libro, que sólo aspira á ser ameno, tiene, además, otra razón de ser—éste y los otros que se han de escribir—. De los grandes toreros como de los grandes actores, ¿qué nos queda cuando se han ido ellos y los que los vieron de la distinta manera que se ve y juzga el trabajo del artista?

«Fuera—y permítaseme esta autocita—de *Pepe-Hillo* y Montes, que dejaron algo de sus personas y de su comprensión y modo de practicar el arte del toreo en las *Tauromaquias* que inspiraron, ¿qué sabemos de los demás grandes toreros á quienes no hemos alcanzado? ¿Qué se nos deben merecer los relatos que de su arte y sus hazañas vienen rodando de boca en boca—y las de los aficionados á toros son propensas á la exageración—durante muchos años?

Los toreros deben hacer pública profesión de su fe artística, para dejar mejor noticia de sí que los relatos forzosamente incompletos y forzosamente apasionados que, mientras van realizando sus hazañas, escribimos en un ambiente de sentimientos encontrados, con los nervios en tensión y muchas veces faltos de serenidad para juzgar imparcialmente.»

Defina, pues, cada cual su concepto del arte, explíquelo, defiéndalo; los demás lo juzgarán; y de aquellas explicaciones y de estos juicios resultará á la postre una depuración cada día más indispensable y una serie de lecciones más necesarias todavía para los que vienen detrás.

Y cuando esto no sea, por lo menos habremos pasado el rato. Que es á lo que se tira.

*
*
*

Debo, por último, decir que este libro, de un reporter, se ha hecho como se hacen todos los *reportajes*, inquiriendo y buscando aquí y allá, y siempre en las fuentes más puras, las noticias; comprobándolas y depurándolas hasta sólo admitir las verídicas, y, por último, interrogando á *Gallito* sobre aquellos puntos en que él y no yo debía hablar. En su lugar se advertirá cuándo es el torero el dicente y yo el escribiente.

Otrosí digo: que en los juicios y opiniones que yo formule aquí no debe ver nadie la menor intención de molestar. Yo quiero escribir un libro de pasión, porque sin pasión ni bandos no habría fiesta, pero en ningún modo he de escribir un libro de injusticia. Aspiro á que, cuando acabes la lectura de éste, si tienes paciencia para ello, reconozcas que la im-

parcialidad ha sido el único guía de mi pluma. Yo no vengo á quemar incienso en ningún altar.

Por otra parte, el que yo sea el escritor y el Gallo el *escribio* es una ventaja inmensa para los «hagiógrafos» y los «hagiografiados» que vengan detrás.

Toreaban una tarde en Madrid *Currito*, Angel Pastor y no recuerdo quién más. *Curro* estuvo horroroso en el primer toro y le adjudicaron una de las broncas mayores con que le obsequiaron en su vida. Calcula tú.

Cuando llegó á los estoques á dejar las armas, Angel Pastor le dijo, compasivo y contrariado:

—Mal empieza esto, señor *Curro*.

—Pa ti bien.

—¿Por qué?

—Porque ya te los he dejao roncós.

A eso vengo yo. A dejarlos roncós á ustedes.

HISTORIA

EL HÉROE Y SU GENTE